

# Alejandro Rossi: *il miglior fabbro*

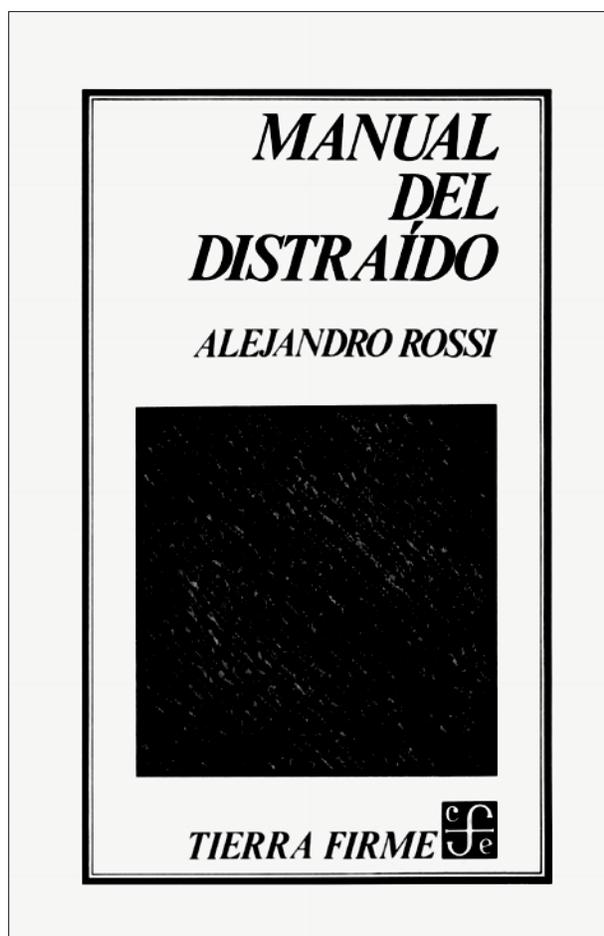
Mauricio Molina

Tuve la fortuna de conocer a Alejandro Rossi durante la grabación de su disco en la colección “Voz Viva de México” cuando la dirigía Margarita Heredia. Durante los días en que trabajamos en la edición de su disco, cuando lo visité en su casa en la colonia Guadalupe Inn, conversábamos de cosas fugaces, pequeñas pláticas acerca de los pormenores de la grabación. Le preocupaba sobre todo que la portada del disco —el espléndido Yellow, Orange, Red on Orange de Mark Rothko— fuera fiel al cuadro original. De su prosa minuciosa y trabajada él ya se había encargado de leerla en viva voz. Su inteligencia imponía un respetuoso silencio, y esto no es retórica, sino franqueza literal. Hablaba de su obra con desdén y acaso incluso con distancia: el orgullo de quien sabe que ha escrito desde un lugar inasible donde relumbra el genio. El título de su disco, *Prosas*, lo dice todo, al mismo tiempo que lo oculta. No era un hombre parco. Su silencio contenía significados rodeados de una conversación amable y, cuando estaba de buenas, verbosa. La sola revisión de los colores del cuadro de Rothko se llevó varias pruebas. Vicente Rojo Cama, el diseñador de la edición y yo, nos preocupábamos por los matices que el maestro quería para su portada. Esa manía por el detalle, tan suya, era a menudo desesperante, pero vedaba una mayerútica: quería que entendiéramos las razones de su minuciosidad obsesiva y acaso buscaba hacerla nacer en quienes lo tratamos. No era una persona simpática: supongo que la palabra le habría parecido abominable. A simple vista tampoco era entrañable. Su acento nasal, su manera de decir, “Molina, cómo está”, podían llegar a ser temibles. Y sin embargo había algo en él que desper-

taba una profunda simpatía: una inteligencia rayana en lo genial.

Nunca supo que, en mis años de adolescencia, cuando estudiaba la lengua italiana en el Instituto Dante Alighieri (debía de andar en aquel tiempo por los diecisiete años) ya había frecuentado el *Manual del distraído*, su legendaria columna en la revista *Plural*, cuando la dirigía Octavio Paz, en las épocas del ya mítico *Excelsior* de Julio Sherer, antes del *coup* del siniestro presidente Luis Echeverría. Debo acotar que casi no entendía lo que leía en aquel tiempo, pero la prosa hipnótica de Alejandro Rossi lograba esa rara cualidad de plantar bombas de tiempo que explotarían mucho más tarde. Hojeando al azar el volumen del *Manual del distraído* reencuentro este comentario sobre Schopenhauer: “respirar, beber o dormir son batallas continuas contra la muerte”. Este aforismo muy bien lo podría haber firmado Pascal.

Rossi fue ante todo un cosmopolita. No podía ser de otra forma: es un escritor extraterritorial. Su matriz lingüística (otra forma de llamar a la lengua materna) fue el italiano y por fatalidad, o elección, escribió en español. Estoy seguro de que también pensaba en francés, inglés y alemán. Hay un misterio en el autor que ha elegido una lengua o ha sido elegido por ésta. Los meandros y vericuetos de la historia quisieron que llegara a México. Pienso que su obra narrativa, sobre todo algunos de sus cuentos, tiene un parentesco secreto con la obra de Sergio Pitol (un autor mexicano de origen italiano). Ambos escriben relatos que se niegan o que se deconstruyen a sí mismos. En el caso de Pitol se trata



de una estrategia estética destinada a devorar a sus personajes. A fuerza de construirlos, desarmarlos y volverlos a crear, Pitol elabora una puesta en escena carnavalesca. En el caso de Rossi se trata ante todo de mirar desde diversos puntos un mismo acontecimiento. No es posible ocultar su vocación filosófica: desconfía de lo que escribe y lo reelabora. Pienso sobre todo en los relatos de *Un café con Gorrondona*. Es la mirada de un demiurgo que se sabe falso y que desconfía de sus actores, del escenario, de su propia trama. “No creo en las horas matutinas y me espanta el amanecer, no entiendo bien esa escenografía teológica —escribe al principio del relato “Sueños de Occam”—, esa tremenda carga de luz que borra la modestia de la noche. Nunca sé si debo caer de rodillas o asociarme a un coro victorioso”.

A medio camino entre la filosofía (cultivó como maestro universitario la exigencia geométrica de la lógica y la filosofía analítica) y la creación literaria, la prosa precisa de Alejandro Rossi es un monumento a la inteligencia. El poeta norteamericano Ezra Pound distingue tres tipos de artistas: el inventor (que descubre una mane-

ra), un maestro (que maneja un vasto instrumental) y el simple repetidor (la palabra lo dice todo). Alejandro Rossi era —es— un Maestro en este sentido poundiano. Rossi nació clásico y lo fue toda su vida. Quizá la palabra mestizaje para aludir a su obra le habría resultado un tanto escandalosa, pero es difícil encontrar en un moderno, salvo en Borges, Paz y Lezama Lima, esa combinación entre la reflexión filosófica y la ficción. Rossi encontró su camino estableciendo puentes colgantes, frágiles y peligrosos, entre la filosofía y la literatura. Pero Rossi salió airoso gracias al cultivo de una prosa de una perfección inimitable. Producto de una tradición mediterránea y americana (nació en Florencia, de madre venezolana y crecido en Buenos Aires), Rossi encarna esa tradición muy americana del ars combinatoria de los géneros prosísticos, reflexivos y narrativos. Este mestizaje produce no sólo un punto de vista, sino un acento en su sentido lato: cantar. Postular que sus textos son poemas puede resultar extraño, pero basta recordar aquella afirmación del propio Pound donde afirma —cito de memoria— que entre el siglo XVIII y el XIX, la poesía se pasó a la prosa. En los cuentos de Rossi escuchamos al filósofo y en los ensayos a menudo nos encontramos con el narrador. Alejandro Rossi cultivó una prosa exigente y precisa, donde el cerebro del cirujano comanda el bisturí de la palabra justa. No es casual que fuera un discípulo rebelde de José Gaos, y que cultivara con rigor el ejercicio analítico de la filosofía y que la lógica comandara buena parte de su trabajo, si bien, como afirma nuestro autor: “No quiero engañar a nadie diciendo que soy un filósofo. Es una profesión que ignoro, respeto y no ejerzo”.

Su prosa, si bien cerebral, heredera de Borges y de Valéry, nunca estuvo reñida de un dejo de ironía. Basta recordar aquel relato, *Sedosa la niña*, donde la sensualidad de la palabra cede ante el torvo relato militar y la sedosidad de la piel de una joven se rinde ante la decisión del narrador que busca contar una historia épica y la reduce, decidido, al devaneo del deseo de un hombre viejo que cuenta la historia de la seducción de una menina. El eco de esta niña sedosa reverbera nuevamente en su novela *Edén*, su bildungsroman postrero, ejercicio proustiano de la memoria que decanta toda su sabiduría y experiencia. *Edén* es el Adén rimbaudiano: el último reducto de un autor que busca en la infancia el origen mentido de una vida que deviene ficción. Y es en esa novela donde Rossi se reencuentra con sus referentes italianos, de Lampedusa a Svevo y a Dino Buzzati: la búsqueda de un origen que es al mismo tiempo un destino.

Rossi fue ante todo un cosmopolita. No podía ser de otra forma: era un escritor extraterritorial.

## Rossi encontró su camino estableciendo puentes colgantes, frágiles y peligrosos, entre la filosofía y la literatura.

Pero Rossi fue ante todo un maestro de la brevedad. El atisbo, la condensación, marcan su obra. Filosofía y ficción, distancia e ironía, son la marca de agua de su escritura. Más allá de las palabras, en los vislumbres del sentido, se encuentran Wittgenstein y Lichtenberg, Bioy Casares y José Bianco. No fue un filósofo ni un narrador. Fue ante todo un maestro de la prosa. Basta citar este fragmento de “En plena fuga”:

“Yo pienso, con angustia y banalidad, que la vida se escapa. Se escapa por rendijas que no son ni el tiempo ni la escandalosa muerte. Tiempo y muerte huelen a sacristía, a metafísica oscura y campanuda. Me interesan más las fisuras insidiosas de la vida cotidiana, obra de roedores, no de demiurgos”.

Este interés por las minucias, por los pequeños milagros y cataclismos de la vida cotidiana, nos revelan a un pensador / narrador que busca atrapar el instante. Sus hallazgos verbales, sus revelaciones, se encuentran sobre todo en su capacidad de advertir, con un parpadeo, todo un sistema filosófico, una suma teológica, en una bata escocesa. Ahí es donde se encuentra el genio central de la que considero su obra canónica: *Manual del distraído*. En esos pequeños textos, asteroides, fragmentos de un orbe pleno de resonancias, se encuentra lo mejor de su escritura. En esas distracciones, cesuras de lo cotidiano, se abren abismos que pueden ser recuerdos, meditaciones, fragmentos de sistemas que podrían desarrollarse al infinito. Pero Rossi las deja así, en su perfección fragmentaria. En este sentido se trata de un moderno que sabe de la imposibilidad de la obra cerrada, que desdén el monumento y prefiere el breve hallazgo.

Pienso en la obra de Rossi más como un cristal arduamente tallado con los instrumentos de la inteligencia y que nos muestra múltiples rostros, acaso, como Pessoa, múltiples autores que afirman algo y se contradicen. Desdén la ficción al tiempo que la ensalza. Leemos a propósito de *Muerte en Venecia* de Thomas Mann:

“El ‘drama eterno’ son los celos, la lujuria, los fraudes, la envidia, los cuernos, las traiciones y los engaños. Eso es lo importante y eso es lo insuperable. Admito la presencia de una mitología cínica y resignada, pero confieso que de todas maneras las marionetas me atraen. Satisfacen un anhelo de simplicidad, el deseo de reducir la trama de la vida a elementos numerables y permanentes. Saltar fuera del tiempo, quedarse con la seguridad de que apresamos lo decisivo. Es también la fascinación de lo estático: un color, un dibujo, la luz sobre un objeto”.

Al principio de este texto me referí a la obsesión maníaca de Rossi por los detalles, las sutilezas, los matices. Ahí es donde acaso podríamos encontrar una poética, un punto de vista personal. Quizás Alejandro Rossi vea la vida como una suerte de novela plagada de clichés, de esclerosis de los acontecimientos y por eso prefería detenerse en esas distracciones, en esos saltos de tiempo de lo real cuando por un instante somos capaces de acceder a la eternidad. Pero esto es una simple conjetura.

El pasado cinco de junio el tiempo se detuvo para Alejandro Rossi. Sin embargo, su obra, estoy seguro, crecerá con el tiempo: dejará de ser moderna y se convertirá en un clásico ineludible. **U**

